

El descubrimiento de la tumba en Palenque (Segunda y última parte)

Fernando Benítez



En 1952, después de tres años de dudas e incertidumbres, el arqueólogo Alberto Ruz llegó al final del pasaje escalonado que conduce a la tumba del Templo de las Inscripciones. Largas estalactitas colgaban del techo de la cámara funeraria, dando al recinto un aspecto sobrenatural.

Y todavía hubo que esperar 2 días interminables. En el breve espacio del corredor, mediante cuerdas y palancas, sin aire, sudando a chorros, tropezándose y estorbándose, los obreros lograron remover la losa triangular y la entrada quedó libre. Era el 15 de junio de 1952. “Entré a la misteriosa cámara -dice Ruz- con la extraña sensación de ser el primero que pisaba los escalones de la entrada en mil años.

Traté de verla con los mismos ojos con que la vieron los sacerdotes de Palenque al dejar la cripta; quería borrar los siglos y escuchar la vibración de las últimas voces humanas; me esforzaba en comprender el mensaje que los antiguos mayas nos habían dejado inviolado. Al través del impenetrable velo del tiempo, buscaba el imposible lazo de unión entre sus vidas y las nuestras”.

Nueve sacerdotes, los nueve señores de la noche y de los nueve mundos inferiores -el último está gobernado por Ah Puch el tétrico señor de la muerte- esculpidos en las paredes, parecían desfilar silenciosos, con sus penachos flotantes, sus pesadas insignias y sus collares de tibios y oscuros jades. El agua de la lluvia, filtrándose por los flancos derruidos de la pirámide había alterado algunos rasgos, desvaneciendo perfiles y ornamentos al mismo tiempo que sobre ellos tejía su dibujo invernal. Las estalactitas escurrían a lo largo de sus capas suntuosas, resbalaban, como pesados copos de nieve en sus tocados ceremoniales, y sus carámbanos fingían barbas caprichosas, hacían brotar delgados tallos en las frentes y rodeaban las figuras de finas agujas, de troncos esbeltos y de formaciones delicadas. El cincel de la naturaleza había colaborado con el hombre creando a su vez un conjunto escultórico que acentuaba el vigoroso realismo de los personajes. Al través de las formas minerales, el vivo párpado, la boca de gruesos labios sensuales, la dignidad y el severo dolor de las altivas figuras cobraban un sentido más profundo. En el centro de la abovedada cámara, un sólido bloque monolítico servía de base a una losa amarillenta de 8 metros cuadrados, que casi llenaba la cripta. Daba la impresión de estar recién esculpida. Su grandiosa superficie irregular contenía un mundo de símbolos y figuras capaces de enloquecer al más sereno de los arqueólogos.

“Patrón, ¿usted puede descifrar esos dibujos?”
 -preguntó el curioso Guadalupe Pech refiriéndose a los 54 jeroglíficos que mostraba esculpidos en sus bordes.

“Sólo las fechas -contestó Ruz. En ésta puede leerse el año 603 D. C. y en esta otra, enero 27 de 633 D. C. El 27 de enero es también el día de mi cumpleaños”.



El sarcófago de Pakal II estaba cerrado por una gran lápida esculpida en piedra caliza. La escena muestra al gobernante, personificado como el dios K'awiil, deidad patrona del maíz y de la agricultura en general.

En la parte inferior -la que mira a la escalera de entrada- se admiraba el dibujo del Monstruo de la Tierra, la deidad que devora a los muertos y es al mismo tiempo cuna de la vida, con su nariz descarnada y su corona en que los símbolos de la fecundidad y de la destrucción se combinan.

Echado hacia atrás, la cabeza levantada y las piernas encogidas -casi como una mujer dis-



El 26 de noviembre de 1952, Ruz ordenó que fuese levantada la lápida esculpida. La imagen muestra a Alberto Ruz durante la exploración de la parte superior del sarcófago. Obsérvense los soportes de madera y gatos mecánicos utilizados para levantar la pesada losa monolítica.

puesta a la entrega- el joven Dios del Maíz está sentado sobre el Dios de la Tierra. Encima de su cuerpo, un signo en forma de cruz se levanta. Sus brazos, terminan en dos fauces de serpiente de las que brotan pequeños seres mitológicos y la remata un quetzal de plumas retorcidas que lleva la máscara de Chaak.

A la suntuosa cámara, había que sumar unos pendientes y numerosos fragmentos de un disco de jade, 2 vasos tripodes y 2 cilíndricos de arcilla, y ante todo, 2 cabezas de estuco arrancadas por los sacerdotes a unas estatuas todavía no localizadas y que dejaron en el último momento bajo el bloque monolítico de la cripta. En estas cabezas, pintadas con el rojo color de la muerte, puede verse, sin deformaciones, el tipo de belleza que hace un milenio, se creó, de una manera autónoma, en los altos bosques lluviosos del Usumacinta. La curva nariz que arranca artificialmente en medio de la frente aplanada, los ojos oblicuos, la boca de labios entreabiertos, los pómulos señalados con suavidad, la grave, digna y misteriosa luz que baña los rostros unida a la elegancia del tocado, conforman los rasgos

singulares de un espíritu que logró vencer -no para siempre- el adverso medio que lo circundaba.

Quedaba por descorrer el último velo del misterio. ¿El bloque monolítico -medía un metro de altura, 2.10 de ancho y 3 de largo- no guardaría un secreto? ¿Era, dicho en otras palabras, la base de un altar, o sencillamente y aunque se rompieran todos los precedentes, un verdadero sarcófago? El dilema, así planteado, no pudo resolverse al finalizar la cuarta temporada. Las lluvias habían llegado; sobre la selva intransitable imperaba Chaak y lo que era todavía peor, el agua se filtraba en la cámara empapando los muros y escurriendo por las estalactitas. La humedad y el calor eran insoportables. Ruz regresó a su casa victorioso y a la primera señal de que el tiempo escampaba, en noviembre, apareció en el alto vestíbulo del Templo de las Inscripciones: -- "El día 26 de noviembre -exclama Ruz- quedará fijo en mi memoria". A las 6 de la mañana, los trabajadores, armados de hachas y serruchos, salieron al bosque. El barí, el hermoso

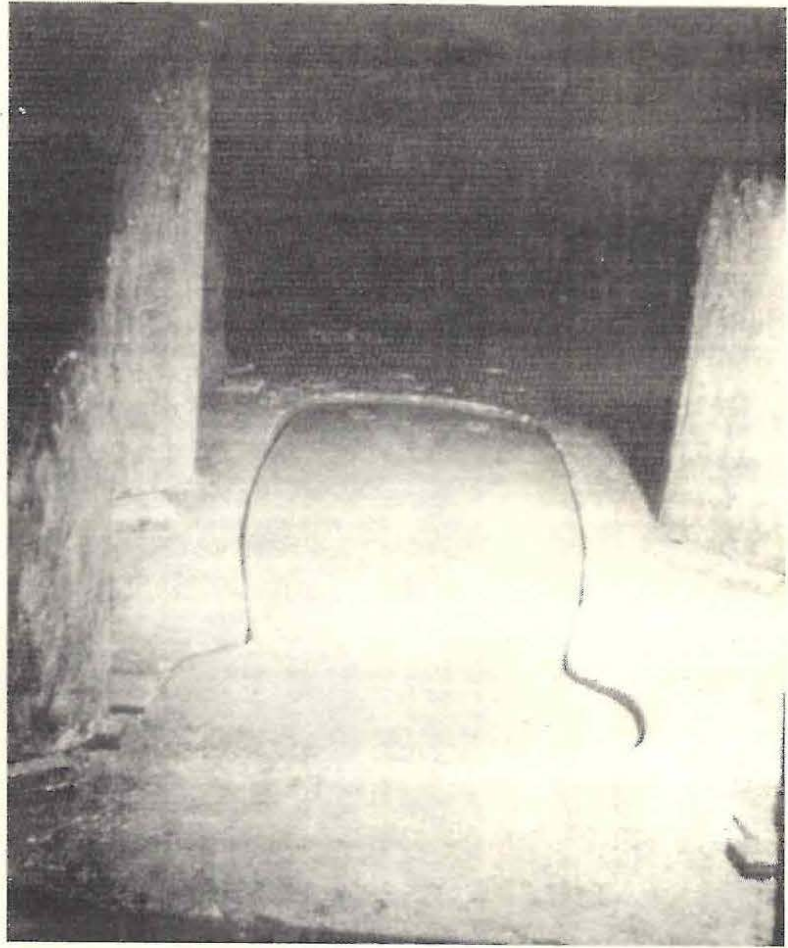
árbol de compacta y sólida madera, caía al suelo con estrépito, ahuyentando a los monos y a las aves. Luego hubo necesidad de arrastrar los troncos por los caminos cenagosos y llevarlos a la cripta. En la tarde todo se hallaba listo para la magna apertura [del sarcófago]. Los gatos, descansando en gruesas vigas de barí se apoyaban en los bordes inferiores de la losa. Ruz había perdido el sentido del tiempo. Ignoraba si era de día o de noche y se movía de un lado para otro inspeccionándolo todo.

“Muchachos -ordenó- vamos a principiar”.

El sobrestante Agustín Álvarez que no se hallaba dominado por la fiebre arqueológica protestó débilmente: “Patrón, son las 6 de la tarde y los hombres han trabajado 12 horas sin probar bocado. ¿No sería mejor dejarlo para mañana?”.

“De ninguna manera. Hoy llegaremos hasta el fin -respondió Alberto Ruz in- conmovible. Manda por tortillas, frijoles y café para todos”.

Reanimados los obreros, comenzaron a mover las palancas. La losa subía despacio sostenida por trozos de madera, ante la posible emergencia de que los gatos resbalaran. La cara posterior, ya visible, ofrecía una superficie cuidadosamente alisada y bruñida. En el silencio de la cripta podían oírse las respiraciones agitadas. La losa continuaba su ascenso. A poco, quedó visible una cubierta, igualmente bruñida aunque más pequeña. Una línea curva que remataba en una redonda cola de pescado -la forma inconfundible del sarcófago- con dos agujeros cubiertos con tapones de piedra apareció ante los ojos ávidos de Ruz. No podía aguantar más. Deslizándose bajo la losa quitó los tapones, proyectó la luz de su lámpara al través del agujero descubierto y miró ansiosamente por el otro. “La primera impresión fue la de contemplar un mosaico en

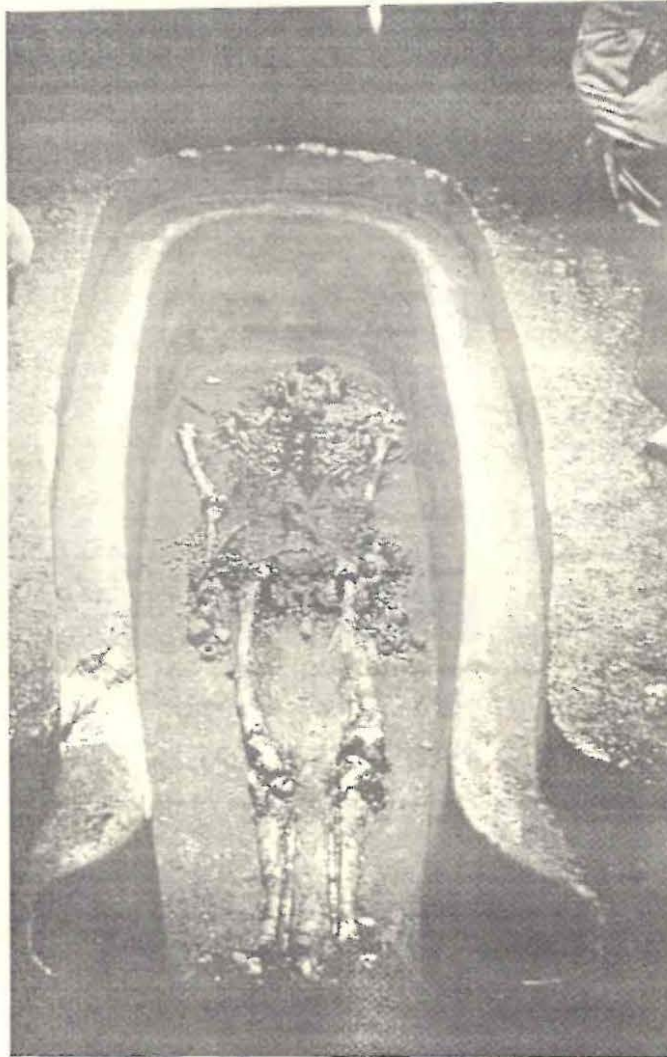


Una nueva sorpresa. El último sello del sarcófago era una tapa de piedra finamente recortada. Su curiosa silueta, en forma de pescadito, recuerda a algunos signos mayas que denotan al mundo subterráneo.

verde, blanco y rojo. Más tarde el mosaico se descompuso en detalles -ornamentos de verde jade, huesos y dientes pintados de rojo y fragmentos de una máscara. Estaba mirando la destruida figura del hombre para quien toda esa obra estupenda -la cripta, las esculturas, la escalera, la gran pirámide y el templo que la coronaba- había sido construida, los restos mortales de uno de los hombres -me dice- más encumbrados de Palenque. Ese bloque por tanto era un sarcófago, el primero que se hubiera encontrado nunca en una pirámide”. La losa, entretanto, había subido lo suficiente para que pudiera abrirse la segunda tapa y el señor palencano, después de mil años de permanecer ignorado apareció en su duro lecho de piedra. Se hallaba tendido de espaldas; los brazos, separados del tronco, descansaban a los costados, y las piernas de rodillas abulta-

das y recios huesos se extendían quebradas, pero aun conservando algo de su fortaleza, a lo largo del sarcófago; la cabeza vencida por el peso de la máscara se había inclinado y entre los fragmentos asomaban los largos dientes intactos -no tenía incrustaciones, lo cual era extraño en un adulto de elevado rango- y la quijada voluntariosa. Lo demás -la oscura columna vertebral, la pelvis, las costillas- yacían revueltos y carcomidos entre las orejeras, el collar deshecho, los 10 anillos -uno para cada dedo- y los brazaletes de jade. En el lugar del sexo, en cada mano, en cada pie y en la boca, mostraba preciosos ornamentos de jade. De las suntuosas vestiduras no quedaba ni rastro. Ah Puch lo había desordenado todo, lo mismo huesos que joyas, y el nombre, las hazañas, las virtudes de aquel gran príncipe, se habían hundido para siempre en el noveno mundo inferior gobernado por el señor de la muerte.

Más tarde, al ser medidos los huesos, no obstante su avanzada destrucción, revelaron la existencia de un hombre vigoroso, en plena madurez -tendría de 40 a 50 años- y de una estatura muy superior a la de sus descendientes los actuales mayas. La máscara, montada de nuevo bajo la dirección de Ruz, a su vez nos presenta una fina cabeza de ojos penetrantes.



Al retirar la tapa del sarcófago quedaron a la vista los restos de Pakal II, totalmente cubiertos de cinabrio y acompañados de una extraordinaria cantidad de ornamentos de jade que formaban parte de su atuendo funerario.

El espíritu de este gran señor no siempre permaneció aislado en su tumba. Cuando Ruz inició sus atrevidas exploraciones, le extrañó encontrar una moldura hueca que unida a la losa perforada del vestíbulo, descendía por el muro de la escalera. Este pequeño drama secundario, para el cual no se halló

una explicación razonable, pudo ser aclarado al descubrirse la tumba. Los sacerdotes, ante alguna seria amenaza o quizá de un modo voluntario, habían decidido mantener la cripta en el misterio. Era la última vez que se hallaban reunidos en la cámara mortuoria y había que decirle adiós al amado señor que los gobernara. Uno de ellos, rompió entonces, sobre el árbol de la vida, esculpido en la losa funeraria un mosaico de jade y las cabezas fueron depositadas bajo el sarcófago. La losa triangular, al final del pasillo, cubrió la entrada. Los cuerpos de los 6 jóvenes sacrificados quedaron frente a la cámara para que sirvieran de eternos compañeros al príncipe en el otro mundo y las

pedras, la cal y la tierra principiaron a llenar la escalera. Pero, ¿cómo resignarse a cortar toda comunicación con el difunto? ¿Cómo renunciar al inefable consuelo de su guía y de sus consejos? ¿Era posible siquiera concebir que el lazo espiritual tendido

entre el sagrado muerto y los desvalidos supervivientes quedara roto para siempre? De ningún modo. Para ello a medida que se obstruía la escalera, los sacerdotes construyeron un conducto que partiendo del sarcófago en forma de serpiente, atravesando pasillos y escaleras, desembocara en la losa del vestíbulo que cubría el pasaje subterráneo. Y aquel era un tercer indicio, una tercera pista desechada por la ciencia a causa de la peculiaridad de su naturaleza. Teléfono espiritual, tubo de mensajes archisecretos, hilo telegráfico de ultratumba, mereció ser bautizado con el nombre - todavía no se consigna en los manuales arqueológicos - de conducto psíquico, designación un tanto somera, aunque tenga la ventaja de suavizar su fuerte olor macabro.

Resumiendo las impresiones de su hallazgo dice Ruz Lhuillier: "Es natural que el Templo de las Inscripciones, su cripta y su sarcófago, sugieran las pirámides de Egipto, erigidas como sepulcro de los Faraones, pero no debemos olvidar tampoco que fueron construidas 3,000 años antes que la de Palenque. Yo he señalado las numerosas semejanzas que existen entre las creaciones mayas y las de Cambodia en Indochina. ¿El hombre enterrado en Palenque era un cambodio venido de Asia? Bueno, ¡quién sabe! Yo creo que este hecho no es imposible para los que creen firmemente en los contactos transpacíficos. Para mí, justamente fue un gran jefe de Palenque, la gran ciudad maya. La naturaleza humana es muy semejante en todo el mundo y dadas condiciones similares, sus reacciones y sus obras deben ser, de alguna



Debajo del sarcófago de Pakal II, Alberto Ruz localizó esta cabeza modelada en estuco que muestra los rasgos fisonómicos típicos de dicho gobernante. El arreglo del cabello es característico del Dios del Maíz, entidad a la que Pakal personificó al momento de su muerte.

manera, las mismas. Evolución paralela y no difusión, este es mi punto de vista".

